

que Urrea, Canales y las tropas que les seguían eran piratas, y que no daría cuartel á ninguno.

Al General Ampudia le mandó decir, antes de la capitulación, que si se acercaba allí Urrea le prendería fuego á toda la ciudad.

Desocupada la plaza por las tropas mexicanas, el General Ampudia, con el resto de la división, emprendió la retirada para el interior de la República.



CAPITULO 17º

SUMARIO.

El General Santa-Anna sale de México para el campo de la guerra.—Llega á San Luis con una división.—Entusiasmo popular para recibirlo.—Saluda al pueblo.—El General Ampudia llega de Monterrey con su división.—Circular de Santa-Anna á los Gobernadores de los Estados.—Patriotismo y sacrificios de todas las clases sociales de San Luis.—Comunicaciones cambiadas entre Santa-Anna y Taylor.—El Congreso general autoriza al Gobierno para que se proporcione hasta 15 millones de pesos, hipotecando los bienes de manos muertas.—El alto clero se opone á la ejecución de ese decreto.—El clero bajo da muestras de patriotismo.—Proclama del cura de Guadalcázar.—Ataques á Santa-Anna de sus enemigos políticos.—Santa-Anna se defiende en un extenso manifiesto.—Elecciones de Gobernador y Vice-Gobernador.—Son electos los Licenciados Adame y Avila.—El General Santa-Anna se apodera de unas barras de plata de particulares.—Manda acuñarlas para que el Ejército marche á la campaña.—Incidentes á que ese asunto dió lugar.—El General Santa-Anna se maneja con honradez, patriotismo y justificación.—Los dueños de las barras, voluntaria y generosamente ceden el valor de ellas á la Nación.

El día 28 de Septiembre del año citado de 1846 salió de México el General Santa-Anna para San Luis Potosí, precediéndole dos brigadas de infantería y una de caballería.

El día anterior se celebró en la Colegiata de Gua-

dalupe una solemne misa que cantó el Abad mitra-
do, predicó el obispo Pardío y se dió una comida de
ochenta cubiertos, la que concluida siguió luego
Santa-Anna á Cuautitlán donde pernoctó.

Al día siguiente continuó su marcha deteniéndose
en algunas poblaciones del tránsito, con objeto de
llegar á San Luis el mismo día que hiciera su en-
trada á la ciudad la división que traía de México.

*
* *

Era el 14 de Octubre de 1846. Inmenso gentío
se veía en todas las calles de la ciudad. No habían
quedado en las casas mas que los enfermos ó algún
anciano ó criado encargado de cuidarlos. De todos
los barrios y de los pueblos suburbios, se dirigía la
gente en tropel rumbo al Sur de la ciudad, inva-
diendo como un torrente las calles de la Cruz, de la
Concepción y del Arenal.

Las pocas familias que tenían una calesa ó un co-
che á la bombé de sopandas; los ricos, los depen-
dientes de casas de comercio, los hombres de cam-
po y todos los que pudieron conseguir en alquiler
un carretón, una cabalgadura, bien fuera un flaco
caballo, una mula pasmada ó un pacífico asno, avan-
zaron hasta Pozos ó la Pila, y la gente de á pié has-
ta las últimas casas de la Villa de San Sebastián.

¿A dónde iba aquella multitud tan alegre y pre-
surosa, prorrumpiendo en entusiastas vivas á la
Patria?

Iba á encontrar al ejército mexicano, que se diri-

gía á la frontera del Norte á combatir con el invasor
extranjero.

Venía á la cabeza de ese ejército el mutilado de
Veracruz, aquel jóven General que en 1823 man-
dó acribillar á balazos á los naturales de Santiago
del Río y de Tlaxcala, pero que algunas docenas de
los soldados veracruzanos pagaron con sus vidas
el atolondramiento de su jefe, quedando regados sus
cadáveres en las calles de aquellas villas, ó sirvien-
do de relleno á los pozos de las huertas; que des-
pués, en 1835, había impuesto enormes sacrificios al
Estado para la guerra de Texas, llegando al extre-
mo de enagenar las Salinas del Peñón Blanco, que
era uno de los mejores recursos con que contaba el
erario del mismo Estado.

El General Santa-Anna, que es á quien me refie-
ro, era profundamente odiado por el pueblo de San
Luis, á causa de los sucesos de los años citados,
pero en 1846 ya había aprendido algo en el sabio
libro de la experiencia, y no quiso llegar á las puer-
tas de la ciudad, sin buscar la reconciliación con ese
pueblo y pedirle que olvidara los errores pasados.

Así lo hizo, dirigiendo una proclama á los potosi-
nos desde la ciudad de Querétaro, en la que anun-
ciaba su venida y los exhortaba á que olvidaran
principalmente los desagradables sucesos de 1823, y
que sólo vieran en él al soldado mexicano que mar-
chaba á la frontera, á recibir una vez más en su
cuerpo, las balas extranjeras en defensa de la inte-
gridad de la Nación.

El pueblo potosino, siempre noble y generoso,

abrió los brazos á su antiguo opresor, y lo recibió como al hombre escogido por la Providencia para salvar el honor de la patria.

Los vecinos á porfía, adornaban las fachadas de las casas con ricas, elegantes ó limpias colgaduras y macetas. Un repique general á vuelo, disparos de cañón y millares de cohetes que llenaron el espacio, anunciaron á la ciudad que el General en Jefe del Ejército de operaciones y la división que traía de México, llegaban á las orillas de la población. Venía á la cabeza de la columna el General de división D. Manuel María Lombardini.

El General Santa-Anna entró en carruaje cerrado, acompañado de dos Ayudantes y del Gobernador del Estado, D. Ramón Adame.

Fué directamente al alojamiento que se le tenía preparado, en la antigua casa de Rubio, hoy Sucursal del Banco de Londres.

Al tercer día de su llegada se fijaron en las esquinas, y circularon con profusión, ejemplares de una hoja impresa suscrita por el Secretario de campaña del General en Jefe, Coronel D. Manuel M^a Gil, en la que se decía: que deseoso el Exmo. Sr. General en Jefe del Ejército D. Antonio López de Santa-Anna, de saludar personalmente al pueblo de San Luis, saldría tal día al balcón de su alojamiento con ese objeto.

La mañana de ese día salimos de nuestra casa, como de costumbre, para la escuela. En el itinerario teníamos siempre que atravesar diagonalmente la plaza principal, pero encontramos á ésta enteramente obstruida por inmenso gentío.

El mozo que nos llevaba fué abriéndonos campo, conduciéndonos de la mano, hasta que con mil trabajos llegamos á poca distancia del alojamiento del General.

La plaza, que entonces no tenía más que unas bancas de piedra y ocho ó diez árboles al rededor con arriates de adobe, estaba repleta de gentes de todas clases y condiciones; la torre de la Parroquia, hoy Catedral, la azotea y balcones del Parián, que todavía no tenía el enverjado de fierro y los demás balcones y azoteas del Palacio y de las casas que circundan la plaza, estaban llenas también de las principales familias de San Luis. Toda esa gente esperaba la salida del General Santa-Anna al balcón, una parte para conocerlo y la otra para recordarlo, porque después de tantos años creía con razón que su fisonomía habría cambiado bastante.

Poco antes de la hora anunciada en los impresos, salieron de la casa de Santa-Anna cinco jefes vestidos de riguroso uniforme y montados en hermosos caballos. Abriéndose paso con gran dificultad entre la apiñada multitud, se situó uno en el cruce-ro Norte del Palacio, otro en el de la Cruz, otro en el de la Concepción, otro en el del Parián y el último en el centro de la Plaza, al lado de la fuente y obelisco que en aquel tiempo había allí.

De esos jefes dos eran potosinos, el Lic. D. Alejo Ortiz de Parada y el Teniente Coronel D. Agustín Barragán, dados de alta como ayudantes en el Estado Mayor del General en Jefe.

A la hora señalada salieron á los balcones, lle-

nándolos completamente, muchos Generales y Coroneles luciendo uniformes de gala.

Las miradas del gentío se dirijieron á aquel reluciente grupo, esperando el saludo de Santa Anna para saber cual era entre todos aquellos jefes, que vestían con tanto lujo y esplendor.

Pasados algunos instantes, en que el murmullo popular, se asemejaba á la corriente de un aire impetuoso, el General Santa-Anna, que nadie había reparado en él porque era el que vestía con mas sencillez, pues su traje se componía de levita larga de paño gris con botón dorado, pantalón y chaleco del mismo género y sombrero pequeño de paja de Panamá, se descubrió la cabeza y dirigió al pueblo una corta arenga. En el acto que acabó de hablar, el jefe que estaba á caballo al pié de los balcones, se quitó su sombrero montado y en alta voz dijo: "El Exmo. Sr. General en Jefe dice al pueblo potosino....." y repitió textualmente la arenga de Santa-Anna. En seguida hizo otro tanto el jefe que estaba en el cruce de la Cruz, y después los demás jefes que estaban apostados con el mismo objeto, siendo el último el que se encontraba en el centro de la plaza.

Santa-Anna había permanecido descubierto, lo mismo que los demás personajes que lo acompañaban, y al concluir de hablar el último de los jefes referidos, saludó al pueblo con el sombrero, vitorió en alta voz á la República, al Ejército Mexicano y al Estado de San Luis, retirándose luego del balcón en medio de estrepitosos gritos de la multitud que lo vitoreaba y secundaba sus *vivas* con frenético entusiasmo.

*
**

La división que el General Santa-Anna trajo de México, se componía de 3,000 hombres.

El día 26 del mismo Octubre llegó el General D. Pedro Ampudia, con las tropas que traía de Monterrey en número de 4,000; los que unidos á los de Santa-Anna hacía un total de 7,000 soldados que fué el pié del ejército que organizó en San Luis aquel General, para marchar al encuentro de los invasores.

Inmediatamente que se reunieron en San Luis las dos divisiones, dirigió Santa-Anna una circular á los Gobernadores de los Estados, manifestándoles con entera franqueza, que la división existente en esta plaza, compuesta de 7,000 hombres, era todo con lo que contaba para defender el territorio nacional; que no esperaba más auxilio del Gobierno de México, porque éste ya no podía proporcionarlo, que también carecía de recursos pecuniarios que al mismo Gobierno le era imposible remitirle, agotado como había sido el último préstamo, en los gastos de las revoluciones de Agosto y Diciembre, y concluía excitando el patriotismo de los Gobernadores de los Estados, para que le enviaran tropas y dinero, á fin de organizar un ejército competente para contener los avances del enemigo.

San Luis correspondió á esa excitativa, poniendo á disposición del General en Jefe del Ejército, todos sus recursos. En menos de diez días dió el primer contingente de sangre, que ascendió á 2,000 hombres. Los empleados de la lista civil, no percibie-

ron ni un centavo por sus sueldos del mes de Noviembre. Todos los ingresos se remitieron á la Comisaría General del Ejército, y al darles cuenta de esta determinación, no sólo estuvieron conformes con ella, sino que contestaron cediendo el 10, el 20 y hasta el 40 por ciento de los haberes correspondientes al inmediato Diciembre, si las necesidades públicas no exijían que fueran otra vez en su totalidad; al mismo tiempo la Legislatura impuso un préstamo de cincuenta mil pesos, que á las veinticuatro horas estaba en las cajas de la Comisaría, sin apremio ni amenazas. Había varios cañones de 16 y de 24 sin cureñas y las de otros estaban en muy mal estado. El General en Jefe dispuso que el capitán de artillería D. Carlos Palafox, fuera á buscar la madera necesaria para construirlas en las Haciendas inmediatas. Los dueños de las fincas dieron toda la que escogió el indicado oficial y por su propia cuenta la trasportaron á San Luis.

Creyendo el General Santa-Anna que el ejército invasor avanzaría al interior de la República, dispuso fortificar la plaza de San Luis, comisionando al General Mora y Villamil, para que hiciera el trazo de la circunvalación. El perímetro que debía fortificarse se extendía por el Sur hasta el Santuario de Guadalupe donde se construiría una ciudadela, quedando el templo dentro de trincheras, y por el Norte hasta la margen derecha del río de Santiago quedando también el templo de ese pueblo y el de Tlaxcala, dentro de la fortificación.

Para abrir los respectivos fosos en esa extensa línea, había que derribar muchas habitaciones de los

vecinos de esos barrios, entonces Villas, y que destruir huertas y cercas en considerable cantidad: y aquellos hombres que en 1823 fueron ultrajados por Santa-Anna, que les mandó sus batallones y escuadrones á que impunemente los asesinaran en sus mismos hogares, quedando éstos y las calles regadas de cadáveres y las familias sumergidas en el dolor y la miseria, olvidaron los agravios y perjuicios que de su mano habían recibido, depusieron sus sentimientos ante el peligro que corría la independencia de la Patria, y viendo en su antiguo verdugo y ofensor al hombre destinado por la Providencia para reivindicar los derechos de México, ocurrieron en masa á ofrecerle gustosos sus pequeñas propiedades y trabajos personales para las obras de la fortificación, sin exigir indemnización de ninguna clase: y era un acto verdaderamente conmovedor ver aquellos patriotas hijos de Santiago y Tlaxcala con la barra y el azadón destruyendo ellos mismos sus hogares y abriendo los fosos á través de sus sembrados y de sus huertas, que eran el único patrimonio con que contaban para mantener á sus familias.

Quando el Señor Gobernador del Estado, Licenciado D. Ramón Adame, excitó el patriotismo de los habitantes de San Luis y Villas suburbias para que contribuyeran con dinero; víveres y provisiones de todas clases al sostenimiento del Ejército, se establecieron oficinas colectoras en los cuatro vientos de la ciudad. Allí ocurrieron espontáneamente los hijos de San Luis llevando maíz, frijol, arroz, leña, carne, plomo, cobre, dinero, etc., etc. y cuando ya

había una cantidad regular de esos donativos, el pueblo los llevaba á la proveeduría en carros, carretas, y en canastas, conduciéndolos en procesión con alegres músicas y cohetes, vitoreando á la Nación y á San Luis Potosí.

Algunos Estados de la República enviaron su contingente de sangre, pero no de dinero, por causas que no conozco. A mediados de Diciembre recibió el General en Jefe los últimos recursos pecuniarios que el Gobierno de México pudo remitirle, y desde entonces hasta la salida del Ejército para la frontera, San Luis Potosí fué el único que lo mantuvo. Con los contingentes de sangre de la República, y el que incensantemente daba San Luis, subió el Ejército á la respetable cifra de 20,000 hombres, siendo 7,500 los que dió el pueblo potosino. Al primer préstamo de \$ 50,000 siguieron otros y otros, calculándose en \$ 800,000 la cantidad que el Estado invirtió en sostener al Ejército el mes y medio que el Gobierno de México lo tuvo abandonado en la ciudad de San Luis.

No hubo un partido del Estado que no levantara un batallón, escuadrón ó dos ó tres compañías de soldados para concurrir á la guerra. Se improvisaron coroneles y Jefes de tropa que nunca habían pensado en servir en la carrera militar, pero que las circunstancias en que se encontraba la Nación los hizo salir del gabinete, del mostrador, de los talleres y de los trabajos del campo para tomar el fusil ó la espada y aumentar el número de los defensores de la Patria.



General Zacarias Taylor

MAYOR GENERAL ZACARIAS TAYLOR,
JEFE DEL EJERCITO AMERICANO QUE INVADIO A
MEXICO POR EL NORTE.

En el convenio celebrado por Taylor y Ampudia, en 24 de Septiembre, que en página anterior insertamos, se acordó; que las fuerzas americanas no deberían pasar de la línea estipulada, dentro del término de ocho semanas, ó hasta que recibieran órdenes ó instrucciones de su gobierno.

En esta virtud dijo Taylor á Santa-Anna:

“Tengo el honor de participar á Ud. que mi gobierno me ha prevenido termine la suspensión de hostilidades, y por lo tanto me considero en libertad para traspasar la línea mencionada, desde el 13 del corriente, en cuya fecha me presumo que habrá llegado á San Luis Potosí y á manos de Ud. esta comunicación.”

“Se me ha informado que varios americanos fueron hechos prisioneros en Chiná y otros puntos y se hallan todavía en San Luis en ese propio estado. Espero que Ud. creará conforme á justicia el mandar que sean puestos en libertad y permitirles que regresen á estas fuerzas de mi mando.”

“Cuando se verificó el convenio á que me he referido, tenia la esperanza, de que los términos en que se concibió abrirían un camino para que entrambas Repúblicas se celebrase una paz honrosa; y fundado en esta creencia, devolví inmediatamente los prisioneros de guerra que estaban en mi poder, entre los que se encontraban tres oficiales. Enton-

ces no sabía que algunos americanos que se hallaban en esa situación, se habían remitido al interior.

Confío en que mi proceder dará á Ud. un motivo fundado para ceder á mi pedido y á lo que dicte la humanidad, en obsequio de los prisioneros americanos que se ha dicho están en San Luis."

"En el caso de que el mayor Graham, portador de esta comunicación, llegue hasta ese cuartel general, me tomo la libertad de recomendarlo á la fina atención de Ud. y tendría mucho gusto en recibir por su conducto la respuesta que Ud. tenga á bien dar cualquiera que ella sea. Tengo el honor de ser con el mayor respeto de Ud. obediente servidor.—*Zacarias Taylor*, Mayor general de los Estados Unidos —Comandante en jefe Sr. General D. *Antonio López de Santa-Anna*.

—
Respuesta á esta comunicación.
—

"A las diez de la mañana de hoy y con oficio del Señor Gobernador del Estado de Coahuila de 8 de este mes, he recibido el de V. S. del 5 en que participa, que por órden de su gobierno está dispuesto á romper el convenio celebrado en Monterrey el 24 de Septiembre último, y en consecuencia á traspasar el día 13 de este propio mes la línea señalada en aquél, en cuya fecha consideraba V. S. que habría yo recibido su nota relativa. Creído de que el tér-

mino estipulado en dicho convenio *debía ser guardado religiosamente por ambas partes*, no había dictado providencia alguna que tendiera á faltar á él; más atendiendo la obligación en que V. S. se considera á virtud de la orden de su gobierno, me limito á responderle. Que cuando guste comenzar sus hostilidades. *á que corresponderé debidamente.*

"Respecto de prisioneros americanos, diré á V. S. que sólo existen en este cuartel general los siete de que le acompaño lista nominal; y confiado en lo que V. S. me manifiesta de haber puesto en libertad á varios mexicanos, he determinado, para corresponder á su generosidad hacer lo propio con los siete referidos, y que la comisaría de este ejército los socorra con setenta pesos para sus alimentos en el camino.

Dice V. S. que cuando se celebró en Monterrey el convenio citado, tenía la esperanza de que los términos en que se escribió abrirían un camino para que entre ambas Repúblicas se celebrase una paz honrosa. Prescindiendo de si ese convenio fué efecto de la necesidad ó de la noble mira que V. S. indica, me reduciré á decirle, que por el espíritu y decisión que advierto en todos los mejicanos debe V. S. desechar toda idea de paz, entre tanto un solo americano pise armado el territorio de esta república y subsistan al frente de sus puertos las escuadras que los hostilizan. Sin embargo, el congreso extraordinario debe reunirse en la capital á fines del

presente mes y este agosto cuerpo resolverá lo que fuere más conveniente al honor y á los intereses de la Nación.

“El Mayor Graham no ha llegado á este cuartel general y si lo hubiera hecho le habría atendido como lo exigen su carácter y empleo, obsequiando á la vez la recomendación que V. S. se sirve hacerme. Mando esta comunicación por extraordinario al Saltillo para que de la misma manera se remita á V. S. Tengo el honor con este motivo de ofrecer á V. S. las seguridades de mi distinguida consideración.

“Dios y libertad. Cuartel General de San Luis Potosí á 10 de Octubre de 1846.—*Antonio López de Santa-Anna*.—Sr. Mayor general D. *Zacarias Taylor*, general en Jefe del ejército de los Estados Unidos del Norte.—Monterrey de Nuevo León.

*
* *

Con fecha 10 de Enero de 1847 el Soberano Congreso expidió un decreto autorizando al Gobierno para proporcionarse hasta quince millones de pesos á fin de continuar la guerra con los Estados Unidos del Norte, hipotecando ó vendiendo en subasta pública, bienes de manos muertas.

El alto clero se opuso á la ejecución de esta ley fulminando excomuniones y publicando escritos amenazantes y conminatorios con las penas del infierno, contra los que pusieran la mano sobre los bienes de la iglesia. Trató de alarmar al pueblo de

la capital mandando cerrar los templos, para que el Gobierno se viera obligado á derogar la ley, demostrando con esos procedimientos que más amor le tenía á la pequeña parte que de su fabuloso capital le pedía el Gobierno para los gastos de la guerra, que á la independencia y al honor de la Nación. En cambio, el clero bajo dió en lo general pruebas de patriotismo haciendo su conducta singular contraste con la observada por sus superiores.

En el pueblo de Guadalcázar, como en casi todos los del Estado, se formó un cuerpo de caballería á las órdenes del Sr. Sub-prefecto del Partido, Coronel de Auxiliares D. Camilo Bros. Es digna de ir á las cajas de la imprenta la arenga con que el cura despidió á los soldados del Regimiento, lo mismo que la carta y proclama del Coronel del cuerpo.

Conservamos copias de esos documentos que nos hizo favor de regalarnos el Sr. Ingeniero Bros.

Dicen así:

Exmo. Sr. Gobernador D. Ramón Adame.

Guadalcázar, Enero 1º de 1847.

Muy Sr. mio, de mi singular aprecio y respeto.

Instado por repetidas órdenes del Sr. General Pavón, para que se pusiera en marcha el primer Regimiento de Auxiliares de mi mando, por el movimiento que han hecho los enemigos sobre el territorio del Estado, dispuse la salida lleno de congojas como V. puede figurarse. Temía que para este mo-